



CASA GENERALIZIA CARMELITANI SCALZI
CORSO D'ITALIA, 38
00198 ROMA

Ana de San Bartolomé 400 Aniversario
Con motivo del IV Centenario del tránsito de la Beata Ana de San Bartolomé
(1626-2026)

Miguel Márquez, O.C.D.,
General de los Carmelitas Descalzos

A toda la Orden: frailes, monjas y laicos carmelitas

Queridos hermanos y hermanas:

El domingo 7 de junio de 2026, solemnidad del Corpus Christi en muchos países, la Iglesia recordará que hace cuatro siglos, en Amberes, Ana de San Bartolomé entregaba su espíritu a la Santísima Trinidad, después de haber pedido “morir sin meter ruido”. Cuatrocientos años después, ese mismo deseo de ocultamiento – tan característico de su sencillez – no ha impedido que su figura siga irradiando luz en el Carmelo y en toda la Iglesia. Al contrario: precisamente esa humildad silenciosa es la que hace de ella un testimonio tan elocuente para nuestro tiempo.

He querido dirigirme a vosotros con esta carta no solo como quien cumple un deber institucional, sino movido por el deseo sincero de que este centenario sea para la Orden una verdadera gracia. En los últimos meses he tenido ocasión de leer y escuchar a diversas personas que han dedicado su vida al estudio de la Beata. Entre ellas, quiero compartir con vosotros dos aportaciones que me han parecido particularmente lúcidas y complementarias. Por un lado, mi hermano, el padre Julen Urkiza, cuyo magisterio histórico ha iluminado durante décadas la historia de la Orden y la figura de Ana con rigor y devoción. Por otro, una joven historiadora, Mercedes Jáuregui, que me escribió una larga carta hace unas semanas. En sus palabras encontré no solo erudición, sino algo más valioso: una mirada nueva, fresca y profundamente afectuosa sobre nuestra Beata. A ella debo algunas de las intuiciones más hermosas que quiero compartir con vosotros.

I. Una memoria que necesita ser renovada

La Beata Ana de San Bartolomé ha corrido, a lo largo de los siglos, la misma suerte que muchas grandes figuras: ha sido utilizada, a veces, como un campo de batalla más que como un punto de encuentro. En la historiografía reciente de la Orden, las interpretaciones sobre ella han oscilado entre dos extremos. Unos la han presentado como la heredera exclusiva y la intérprete única del carisma teresiano, la depositaria más legítima del espíritu de nuestra Madre Fundadora. Otros, reaccionando

contra ese exceso, la han reducido a un papel secundario, o la han juzgado casi exclusivamente por su posición en los conflictos constitucionales de finales del siglo XVI y comienzos del XVII.

Ambas posturas, a su manera, han hecho daño a su memoria. La primera, porque ha construido una imagen rígida de Ana, convirtiéndola en un estandarte para una de las partes enfrentadas. La segunda, porque ha invisibilizado la riqueza de su testimonio, empobreciendo con ello el patrimonio carismático de toda la Orden.

Pero hay algo más grave: Esa imagen que ha llegado hasta muchos de nosotros – la de una Ana de San Bartolomé asociada a una espiritualidad ascética y tradicional, a una obediencia entendida como mero sometimiento, a una defensa cerrada de la unidad estructural – es solo una lectura parcial. No es falsa, pero es incompleta. Y lo que se presenta de forma incompleta acaba distorsionando la verdad.

Como bien me escribió Mercedes, “esa imagen percibida no es Ana de San Bartolomé, sino una lectura parcial basada en algunos rasgos suyos, pero que deja en la sombra otros que, paradójicamente, estarían en sintonía con esa sensibilidad más actual”. Por eso, este centenario nos invita a una tarea urgente: dejar que la Beata nos hable desde sus escritos y desde su vida entera, no desde las proyecciones que hemos depositado en ella. No se trata de inventar una nueva Ana, sino de redescubrir a la verdadera.

II. La unidad que realmente importa: la del amor, no la de la uniformidad.

El padre Julen ha insistido con acierto en que Ana de San Bartolomé defendió apasionadamente la unidad del Carmelo teresiano. Este punto es muy importante. En momentos de fractura – como lo fueron los años del conflicto constitucional entre 1585 y 1592, y más tarde en Flandes – Ana abanderó la cohesión estructural, la obediencia a las normas comunes y la fidelidad a la jerarquía. No lo hizo por conveniencia, sino por amor profundo a la herencia recibida de Teresa.

Pero aquí conviene una precisión que me parece decisiva. La unidad que defendió Ana no era una unidad impuesta desde arriba, fruto de una uniformidad fría. Era una unidad tejida desde el amor, desde la caridad vivida en lo cotidiano. Como ella misma escribió, y como el padre Urkiza ha documentado abundantemente, su defensa de la unidad nacía de su experiencia mística: de esa presencia viva de Cristo que habitaba en ella y que ella veía reflejada en Teresa y en cada hermana.

Ana no defendió la unidad porque fuese una mujer de obediencia ciega, sino porque amaba profundamente aquello que creía que la unidad protegía, es decir, el carisma, la fraternidad, la herencia recibida. Esa es la distinción que cambia todo.

Y esto, queridos hermanos, tiene una vigencia asombrosa para nuestros días. Hacia fuera, en una cultura que ha hecho del individuo el único horizonte de sentido y que ha perdido la capacidad de construir comunidad sin disolver la diferencia, la propuesta de Ana – una unidad tejida desde el amor y no desde la uniformidad – resulta más subversiva y más necesaria que nunca. Hacia dentro, en una Orden que aún carga con heridas no del todo cicatrizadas, su figura puede ser un punto de encuentro en vez de un campo de batalla. Ana fue una mujer de frontera, de expansión carismática, que vivió guerras y tensiones difíciles sin quebrantar su espíritu. Y lo logró porque cultivó el amor fraterno en todos los suelos que pisó.

III. La delicadeza y la sensibilidad: el pegamento olvidado de su santidad.

Hay un aspecto de Ana de San Bartolomé que rara vez aparece en las biografías o en los materiales divulgativos, y que sin embargo es fundamental. Se trata de su delicadeza y su sensibilidad. No me refiero a un rasgo de personalidad o temperamento, sino a algo más hondo: el hilo que vertebra y da coherencia a todo lo demás. Sin delicadeza y sensibilidad, su defensa de la unidad se convertiría en una uniformidad impuesta, y su servicio en una mera funcionalidad o, peor aún, en sometimiento.

Ana era extraordinariamente sensible, tanto espiritualmente como en el trato con los demás. Solo hay que leer sus escritos para darse cuenta con qué detalle y delicadeza habla de sus compañeras, cómo comprende la psicología humana, cómo conocía el nivel justo de disciplina y amor con el que debía tratar a sus novicias. Era delicada con las palabras, meditaba mucho qué decir y cómo decirlo. Cuando le tocaba servir a una hermana enferma, se volcaba como si esa hermana fuera su mundo entero, Cristo mismo. Mantenía la cama limpia, velaba toda la noche si era necesario, se anticipaba a las necesidades. A veces solo una pequeña mirada y una sonrisa bastaban. Otras veces había que acompañar en la oscuridad. Pero ambas cosas las hacía con la misma delicadeza.

Su corpus epistolar, gigantesco, es quizás el lugar donde mejor se revela esta sensibilidad. La forma en que se dirige a sus hermanas y discípulas, el tono que adopta según el destinatario, la atención a lo concreto de cada persona, su memoria para los asuntos particulares... todo ello habla de alguien que entendía la comunicación como un acto de cuidado.

Mercedes me recordaba algo que nunca olvidaremos los dos. Ella estaba presente cuando llamé por teléfono a una hermana enferma, M^a Ángeles, que estaba convaleciente en un hospital de Sevilla. Solo ofrecí unas palabras de consuelo en los momentos finales. En muchas ocasiones he enviado la bendición a hermanos y hermanas que están a punto de partir. Mercedes me dijo que ese gesto le había parecido “un gran gesto de fraternidad, de caridad y de amor”, y añadió: “Esa es la delicadeza que Teresa reconocía como la marca más verdadera del amor, y la que practicó San Juan de la Cruz durante toda su vida”. Al leerlo, comprendí que lo que ella estaba haciendo era agradecerme y, a la vez, mostrarme el espejo de Ana: la delicadeza hecha vida cotidiana.

Ana de San Bartolomé fue una revolucionaria de la sensibilidad, la delicadeza y la ternura. Sí, una revolucionaria. Porque el mundo nos empuja a lo contrario: a ver la sensibilidad como una debilidad, a pensar que nos hace vulnerables, a obligarnos a distanciarnos para sobrevivir. Pero Ana hizo de su ternura su fortaleza. Llevó la contraria a su tiempo histórico y también al nuestro. Hoy estamos cada vez más “conectados”, pero somos cada vez menos sensibles a los demás. Quizás debamos volver a ser radicales con nuestra sensibilidad, a protegernos de los demás con una muralla de amor y no de frialdad. Que lo primero que vean de nosotros sean nuestros brazos abiertos.

IV. Servicio y sencillez: la fuerza de lo pequeño.

La vocación de servicio de Ana es la más conocida, pero también la que más fácilmente se ha malinterpretado. Sabemos que no fue un servicio resignado en absoluto. Ana profesó como hermana lega, ocupó el lugar más invisible y callado de la comunidad, y sin embargo fue extraordinariamente valorada por sus prioras. María de San Jerónimo, su maestra de novicias, supo ver en ella algo que no siempre resulta fácil de ver en quien sirve calladamente: una vida interior de una riqueza excepcional.

Lo extraordinario de Ana es que nunca abandonó esta actitud de servicio, ni siquiera cuando le fue impuesto el velo negro y acabó siendo priora y fundadora. Ana ejerció el cargo más bajo y el más alto de una comunidad, y en ambos lo hizo con la misma actitud de servicio. Eso, hermanos, es libertad evangélica. Eso es lo que Teresa llamaba “andar en verdad”.

En una época en que también dentro de la vida consagrada existe la tentación de medir el valor por la visibilidad y el prestigio – los cargos, las publicaciones, los proyectos, las iniciativas culturales –, Ana encarna una forma de ser profundamente teresiana y cristológica: la de quien construye el Reino desde el último lugar, sin necesidad de que nadie lo sepa. Su vida es un correctivo frente a cualquier forma de clericalismo espiritual.

Pero conviene añadir algo que a menudo se olvida. Ana no era en absoluto una mujer inculta. Las investigaciones más recientes sugieren que sus escritos y su poesía reflejan un conocimiento fino y selectivo de ciertos campos, especialmente de los textos patrísticos. Su aprendizaje tardío de la escritura – uno de los rasgos más repetidos en su hagiografía tradicional – es solo parcialmente cierto. La imagen de la lego iletrada que aprende a escribir por intervención casi milagrosa responde más a un topos hagiográfico que a la realidad documentada. Ana eligió proyectar sencillez, porque comprendía que la sencillez era el lenguaje más cercano al Evangelio. No ocultaba su saber por presión de los tiempos solamente, sino porque había entendido que el conocimiento puesto al servicio del ego es venenoso, y el puesto al servicio del amor es caridad.

V. La presencia viva de Cristo: el corazón de su espiritualidad.

El padre Julen nos ha recordado con enorme riqueza documental algo que es central en Ana de San Bartolomé: su experiencia de la presencia viva de Cristo. Se trata del núcleo de su vida espiritual, de toda su vida.

Desde su infancia, Jesús se le hacía presente y la alegraba. Su deseo era que Él la mirase y nunca apartase de ella sus ojos. Y en la compañía de Teresa, lo que más le satisfacía era precisamente esa presencia viva de Cristo que sentía al ver a la Fundadora. Por eso, en la hora de la muerte de Teresa, le preocupaba cómo iba a seguir viviendo esa presencia de Cristo vivo.

Es importante subrayar que Ana no solo vive “en” presencia de Dios, sino que vive “la” presencia de Dios. Vive a Cristo como Emmanuel, el Dios-con-nosotros que el Nuevo Testamento nos ha revelado. Esta presencia no es algo estático, sino dinámico, comunicativo, existencial. Es un regalo gratuito de la gracia, pero también una realidad que ella custodia con fidelidad.

Y de esta presencia brota todo lo demás. Brota su sed de almas, su celo por la Iglesia, su deseo de que todos conozcan a Dios. Brota también su capacidad de sufrir por amor. Como escribió en sus versos: “El amor busca la cruz / para emplear sus deseos, / que son fuertes y sinceros / y hambrientos de la cruz”. Porque para Ana, la cruz no era un fin en sí misma, sino la expresión máxima del amor. En la cruz, Cristo dio su beso a la Iglesia, su esposa. En el tálamo de la cruz celebró sus bodas de sangre por las almas.

Esta espiritualidad cristocéntrica, tan intensamente vivida por Ana, tuvo además una influencia notable en su entorno. Pensemos en Pierre de Bérulle, el futuro cardenal. La comunicación con Ana influyó considerablemente en su vida espiritual, en su doctrina, en la fundación del Oratorio de Jesús

e, indirectamente, en la restauración católica francesa del siglo XVII. Como reconoció Jean Dagens, Ana “merece en la historia de la restauración católica de Francia un lugar que todavía los historiadores no le han otorgado”. Este centenario puede ser también una ocasión para que la Orden redescubra la proyección histórica de esta mujer que, desde su aparente pequeñez, transformó el mundo que la rodeaba.

VI. Consejos prácticos para el centenario.

Permitidme, que al final de esta carta, y siguiendo las sugerencias que me llegaron con tanta inteligencia y cariño, os proponga algunas ideas prácticas para vivir este centenario con fruto.

En primer lugar, cuidemos las imágenes que utilizamos. Durante mucho tiempo se han mostrado casi exclusivamente los retratos de Ana en su senectud. Son hermosos y tiernos, pero se han asociado a una divulgación tradicional que ha fijado una imagen quizás demasiado rígida. La Orden cuenta con otros retratos igualmente hermosos —el conservado en Segovia, donde aparece joven y de rostro redondeado; grabados que la muestran como campesina o como discípula de Teresa— que pueden ayudarnos a descubrir otras facetas de su personalidad.

En segundo lugar, enfatizamos sus amistades y vínculos, no solo sus rivalidades. Ana tuvo relaciones preciosas con Teresa de Cepeda, con María de San Jerónimo, con sus novicias en Pontoise, Tours y Amberes, con Ana de la Ascensión, con el padre Gracián, con Tomás de Jesús, con la infanta Isabel Clara Eugenia. Su trato era extraordinariamente amigable y alegre, y eso atraía a los demás y forjaba amistades muy fuertes.

En tercer lugar, hagamos una selección cuidadosa de sus escritos. No solo las frases más citadas sobre obediencia y humildad —importantes, pero ya muy asociadas a una imagen rígida—, sino aquellas que muestran su lado más cercano, su ternura, su hondura afectiva. Frases breves, directas, que puedan presentarse en una estampa o en una imagen para redes sociales, y que hablen a alguien de hoy sin necesidad de mucho contexto.

En cuarto lugar, dejemos de presentarla exclusivamente como la “compañera y enfermera” de Santa Teresa. Es cierto, y es muy central en su vida, pero vivió muchas más cosas después de la muerte de la Santa. Su profundidad espiritual tuvo carácter propio. Ella constituyó un desarrollo carismático, no un mero espejo de Teresa. Aún estamos empezando a verlo.

En quinto lugar, os animo a todos a frailes, monjas y seglares a involucrarnos todos en la difusión de su figura. El trabajo manual o digital – cartelería, materiales para redes sociales, pequeños grupos de estudio – es una excusa para “sembrar” en distintos entornos algo de Ana, aunque sea pequeño. No subestimemos el poder de delegar un trabajo grande en un grupo diverso, porque ellos a su vez servirán de factores de difusión personal en sus propias comunidades.

Finalmente, quiero decir que la Asociación de Amigos de Ana de San Bartolomé ha cumplido una labor encomiable durante décadas, manteniendo viva su memoria cuando otros la habían relegado. Mi agradecimiento profundo en nombre de toda la Orden. Debemos todos juntos reavivar la memoria rica de Ana de San Bartolomé, igual que hacemos con Ana de Jesús y otras figuras importantes de la primera hora y de toda nuestra historia. Este centenario es la ocasión propicia para

seguir cuidando la herencia teresiana y hacerla auténtica con nuestra vida, ahondado el fuego vivo que sigue ardiendo hoy y que enamoró a Teresa y a Ana de San Bartolomé.

Conclusión

Termino, querida familia del Carmelo Teresiano, con una confesión personal. Cuando Mercedes me escribió aquella carta, me devolvió a la memoria el rostro de M^a Ángeles, nuestra hermana de las Teresas de Sevilla. A veces, lo único que necesita una hermana es que alguien se detenga, que alguien la mire con delicadeza, que escuche con hondura, que alguien le recuerde que no está sola. Como nos dijo el Papa a los superiores generales (USG) en el aula del sínodo el 26 de noviembre 2025, es indispensable la presencia, la escucha prolongada y paciente, y un profundo intercambio de ideas y sentimientos, volver a lo esencial, al corazón ardiente de Dios y que los lazos entre nosotros se transfiguren en vínculos sagrados, en canales de gracia, descubrir y transmitir la mística de vivir juntos.

Ana de San Bartolomé hizo eso durante toda su vida. Sirvió, acompañó, cuidó, escribió cartas, veló enfermas, se anticipó a las necesidades, miró con ternura, corrigió con delicadeza, defendió la unidad sin imponerla, amó a Cristo en cada hermana. No fue perfecta. Tuvo sus conflictos, sus dudas, sus noches oscuras. Pero nunca dejó de amar. Por eso es santa. Por eso es beata. Por eso sigue siendo una figura viva para nosotros.

Que este centenario, que celebramos el domingo de Corpus Christi, nos ayude a redescubrirla. Que su testimonio nos interpele. Que su delicadeza nos enseñe a tratar a nuestros hermanos. Que su unidad desde el amor nos cure las heridas que aún llevamos. Y que su presencia viva de Cristo nos recuerde que, como ella decía, apartarnos de la presencia de Dios es como sacar a los peces del agua: es nuestro elemento, es nuestra vida.

Santa Teresa nos enseñó que Dios anda entre los pucheros. Ana de San Bartolomé nos muestra que, entre esos pucheros, se puede vivir la más alta mística. Ojalá nosotros, cuatro siglos después, sepamos aprender de ella.

En el día del Corpus Christi, os pido que cuidemos y cultivemos la comunión, la gratitud y la unidad que nos transmitió Ana de San Bartolomé, en el espíritu de nuestra madre Teresa de Jesús y nuestro padre y hermano Juan de la Cruz.

Desde Amberes, con alegría y agradecimiento, para todos mi bendición y mi afecto fraterno,

Amberes (Bélgica)

7 de junio de 2026

Domingo del Corpus Christi.



Miguel M^a
rep. Gen.

Miguel Márquez, General O.C.D.